

El Herald del Istmo

ANO 1.º

Panamá, 28 de Noviembre de 1904.

NUM 21

Onix

*Torco fraile del templo solitario
Que al fulgor de nocturno lampadario
O á la pálida luz de las auroras,
Desgranas de tus culpas el rosario . . .
Yo quisiera llorar como tú lloras !*

*Porque la fé en mi pecho solitario
Se extinguió como turbio lampadario
Entre la roja luz de las auroras,
Y mi vida es un fúnebre rosario
Más triste que las lágrimas que lloras . . .*

*Casto amador de pálida hermosura
O torpe amante de sensual impura,
Que vas, novio feliz ó amante ciego,
Llena el alma de amor ó de amargura . . .
Yo quisiera abrazarme con tu fuego !*

*Porque no me conmueve la hermosura,
Ni el casto amor, ni la pasión impura ;
Porque en mi corazón dormido y ciego
Ha pasado un gran soplo de amargura,
Que también pudo ser lluvia de fuego !*

*Oh, guerrero de lírica memoria,
Que, al asir el laurel de la victoria,
Caíste en tierra con el pecho abierto,
Para vivir la vida de la gloria . . .
; Yo quisiera morir como tú has muerto !*

*Porque al templo sin luz de mi memoria
Sus escudos triunfales la victoria
No ha llegado á colgar. Porque no ha abierto
El relampago de oro de la gloria
Mi corazón obscurecido y muerto . . .*

*Fraile, amante, guerrero, yo quisiera
Saber qué obscuro advenimiento espera
El amor infinito de mi alma ;
Si de mi vida en la tediosa calma
No hay un Dios, ni un amor, ni una bandera !*

JOSÉ JUAN TABLADA.



El Heraldo del Istmo

— Director - Propietario: GUILLERMO ANDREVE —

PANAMA, 26 DE NOVIEMBRE DE 1904.

Ofrenda

A BRO mi libro de apuntes. Es una miscelánea, registro formal de acontecimientos de mi vida tan accidentada. El libro ajado, anunciativo de que lleva á cuestras muchos años; maltratado, lo que quiero decir que no ha tenido existencia de emperador oriental; sin pasta nacarada ni fragancias, como que no ha andado ni en pafuelo ni en gaveta de una hermosa; el libro, digo, lo conservo y lo quiero y lo mimo.

Ese libro es para mí como un sér viviente. Creo no equivocarme cuando afirmo que tiene alma. Y no es un sér viviente cualquiera, que hay muchos seres que ganarían con la muerte. Es buen amigo mío, confidente de mis placeres y sufrimientos, mi aguijón cuando la emprendo por lo bueno y mi freno cuando cedo al poder del diablillo travieso que lleva cada uno dentro. Leal compañero, con quien conllevo la carga que me ha tocado en lote. Testigo de mis descabros --que lo apenan-- y de mis pequeños aciertos, que le producen contento que no disimula.

En ese libro se confunden ó andan mezclados, en desorden tremendo ó en inocente promiscuidad, fechas alegres y dolorosas; nombres de hombras y varones; adiciones y restas; hechos y omisiones; amistades, amores, antipatías y odios; todo lo que hace compleja una existencia.

Ese libro contiene mis recuerdos, encierra mis pasiones, registra mi riqueza--que es de orden moral--y guarda, con cariño de amante apasionada, los anhelos míos--que no pueden contarse y en cuya hoguera desaparecen, convertidos en cenizas, mis días.

Tiene pocas páginas en blanco. En presencia de ellas me siento como atraído, sufro como vértigo y me lamento de inacción. Oigo como quejas por la falta de peripecias y voces de acentos desconocidos, insinuantes, melodiosas, como emanadas del misterio. Esas voces me apremian. Cumple, me dicen, un deber que tienes insoluto. Coloca, como buen ciudadano, tu ofrenda, aunque sea modesta; modula tu palabra de justicia; ensalza, glorifica, sin egoísmos, lo que es excelso... Y máquinamente puse el espíritu en aquellas páginas immaculadas, escribí en una de aquellas hojas blancas un nombre. Cuando dejé la pluma ví que decía lo escrito:

PABLO AROSEMENA.

Y la voz, hija del misterio, me gritó: atrévete! Ese caído tiene coraza; ese despreciado tiene baluarte; ese escarnecido, es inocente; ese paria en su patria, es hijo predilecto en todas las demás.

Contra aquella coraza no pueden las armas, aquel baluarte es intomable y no se rinde ni al más implacable de los sitios; aquella inocencia, por su propia virtud, resiste los conatos de mancilla.

Su inteligencia ostenta luces en las sombras y en las claridades del día: no la apagarán manos de hombres. Cuando Dios lo decrete dejará de brillar.

Su reputación no es esfímera, ni obra del acaso, ni producto de combinaciones de ocasión. Está consagrada en inmortales páginas. En la historia de un pueblo, en un período en que no era hecho sino al triunfo del verbo elocuente, de la pluma medida en molde clásico, del pensamiento abriéndole paso á lo legítimo y justo, PABLO AROSEMENA adquirió fama que no porocerá!

Mientras la Elocuencia tenga sus relaciones; mientras la Política tenga sus episodios; la Diplomacia sus anales, la Jurisprudencia sus revistas, AROSEMENA será triunfador.

En tanto que la Hidalguía tenga devotos; la Abnegación prosélitos; la Lealtad política adoradores; el Valor civil méritos; la Pureza de convicciones imitadores, AROSEMENA irá á la vanguardia. Cuando se hundan todas esas virtudes, se hundirá él con ellas.

Eso escribí, como haciendo resumen de cualidades que me fascinan sin mortificarme. Quien las reune es honra de la Patria, y, por consiguiente, honra mía.

Esa honra debo amarla como la personal y defenderla, si fuere preciso, contra todo ataque, como si defendiera derechos individuales propios. Esa honra es sagrada.

Y el espíritu del libro viejo se agitó emocionado. A ese amigo--que nunca me ha hecho traición--le agradó mi ofrenda. Y á mi también, por su valor intrínseco. La deposito no á los piés de un ídolo sino en aras de la República y con la unción religiosa de un verdadero patriota.

PABLO AROSEMENA no me compra.....Ni yo me vendo.

H. PATIÑO.



Bordes del Lemán.

A LAS cinco de la mañana, Emilio, el criado, un suizo colosal, ingenuo como niño de diez años, llama discretamente á la puerta de mi cuarto:

--¡Las cinco, señor, ya son las cinco!

--Está bien, Emilio... Gracias!

Y abandono, no sin pena, el blando lecho, tan propicio á la plácida quietud. Madrugada soberbia, bajo este cielo de estío, aún envuelto en las muselinas impalpables de la aurora. Respiro, con todas mis fuerzas, la brisa vivificante de los Alpes, que devuelve la agilidad á los extenuados de cuerpo y de espíritu....

Después del desayuno —*croissants* con miel de abeja, infaltable la última en los desayunos holandeses, alemanes y suizos, manteca y leche exquisitas — me voy, en tramway eléctrico, por estas lindas avenidas de Champel, repletas de *chalets* coquetos y jardines florecientes, bordados de árboles seculares, cuyas copas inmensas resguardan del sol y de la lluvia.

En las calles de Ginebra, el sueño continúa, alterado apenas por el sordo chirrido de la máquina que me lleva, por el paso monótono de obreros con rumbo á su trabajo, y por algunas lecheras, semejantes, en la lozanía y el traje, á sus colegas de Bruselas. Me complace en mirar á estas rollizas muchachas de los Alpes, frescas y rientes como el alba, con sus blancas cofias y sus negros corpiños, guiando, al eco de un grito cristalino en su lengua imposible, el lindo carrito, desbordante de tarros cobrizos y arrastrado por el perro vigoroso, montañés como ellas . . .

A las cinco y media, parto en el *Helvetia*, vapor minúsculo. Voy á Lausana, donde hoy debuta Eleonora Duse, después de habernos interesado, cuatro noches seguidas, en el Gran Teatro de Ginebra.

Desfilan los malecones de mármol y de granito, las famosas relojerías, los grandes hoteles "cosmopolitas," donde se reúne la sociedad de extranjeros ricos y blasonados —auténticos ó no—ese mundo dudoso y brillante del turismo europeo . . . Luego, á lo lejos, dominando el horizonte, la cima eternamente nevada del Mont-Blanc. Grandiosa cumbre, que atrae, retiene, deslumbra la mirada! En este momento, su nieve se colora de rosa: es el anuncio del sol . . .

Nos dirigimos por la costa suiza. El *Helvetia* se desliza dulcemente . . . La sociedad de á bordo es escasa: unos cuantos ingleses, con su flema habitual y el Baedeker en la mano. Ya se sabe, los de siempre: los mismos de los museos, pasando como máquinas, reloj en mano, frente á lienzos ó mármoles peregrinos. Parecen mirar sin ver, y los más grandes cuadros, que estremecen hasta las fibras secretas, los dejan imperturbables. Y viajan, sin cesar, en legiones, invaden el continente. Llégase á no advertir la existencia de turistas de otros países . . . Y mortifican. Se ponen por delante de mí cuando miro el paisaje, se apoderan de mi asiento momentáneamente abandonado, obstruyen todo el espacio con sus valijas y sus cajas, fuman en mis narices sus pipas siempre colmadas de pestilente tabaco . . .

... El sol asoma su cara detrás de las altas cimas, y resbala por la nieve su mirada de oro, hasta el fondo de los valles y hasta las aguas del lago, produciendo, al penetrarlas, efectos de luz maravillosos.

En los bordes suizos, que seguimos costeano, es un encanto mirar las "villas" opulentas y las miserables aldeas, perdidas en la sombra, entre florestas espesas, que trepan las montañas y no terminan sino donde la nieve las ataja con su frío, ó la piedra calcárea reemplaza su esplendor; las "villas," en la orilla misma del lago, mirando tranquilamente sus casas y jardines pintorescos, en el claro espejo de las aguas. He ahí el "Museo de Ariana," destacando en el verde sombrío, su perfil elegante; Pregny, con su magnífico castillo

de los Rotschilts; Genthod, en otra época retiro predilecto de grandes escritores ginebrinos . . .

... El lago, encerrado en límites estrechos —da la ilusión del Rin—se expande repentinamente. La pupila se siente aprisionada por la líquida masa gigantesca, de un azul de zafiro fundido, mientras en los demás lagos suizos, es verde puro, esmeralda . . .

Estamos en Coppet, en un oasis delicioso. Descendemos á visitar, en un cuarto de hora, el castillo de Madame de Staël. Veo la tumba, en el parque, próxima á la de su padre, el famoso Necker. Las dos son modestas, sencillas . . . El castillo no llama la atención sino por las imágenes que evoca. Es sabido que aquí fué donde la mujer iluminada expió, como se ha dicho, las audacias de su genio; aquí vivió enclaustrada por Napoleón, á raíz del éxito del libro "La Alemania"; aquí rehizo su salón de París, su corte de adoradores, cabezas ilustres magnetizadas por la gracia de su espíritu y la seducción de su belleza: el torturado y afligente y preferido Benjamín Constant, Bonstetten, el Barón de Balke, Mateo de Montmorency, el príncipe Augusto de Prusia . . .

Volvemos al *Helvetia*. El verso de Chénier canta en mi memoria:

*Tout a fui! Des grandeurs,
tu n'est plus le séjour.*

Y me esfuerzo en ahuyentar las visiones invasoras, porque es muy triste el recuerdo de las cosas irremediadamente muertas; . . .

... Pasamos por Celigny y por Nyon. La costa describe, lentamente, una curva graciosa. En el fondo del lago, tras multitud de aldeas y pueblos, á la distancia esfumados, la cadena gigantesca de los Alpes levanta al cielo purísimo, sus niveas crestas atrevidas. Y el Qervin aparece — el pico geométrico, de aristas filosas como cuchillos, la cumbre más difícil de escalar de toda la cordillera . . .

En Rolle, donde nos detenemos un instante, sube al vaporcito una pareja francesa. Dos enamorados parisienses. Se instalan cerca de mí y puedo cómodamente examinarlos. El es un gomoso, "bien puesto," con refinamiento. Tiene "buen tipo," aunque un tanto afeminado. Ella, uno de esos prodigios de gracia, flexibilidad y fineza, que llevan la marca de fábrica de París. Está peinada "á la Cléo de Merode," y vestida, como ellas saben hacerlo, adorablemente, con su trajecito gris de viaje y su sombrero de fieltro del mismo color, que le sienta á maravilla. Ha cruzado la pierna, mostrando, por cierto, hasta la liga. Hay que verla, con su gracia felina, las miradas sugerentes, insidiosas, de sus ojos grises, los movimientos tan peculiares de su persona escurridiza, modeladores, con un arte refinado, de todas las seducciones de la línea! . . .

Se les importa poco del paisaje. Hablan sin cesar. Ella, con su voz de pájaro, su risa clara —risa alegre, abundante, contagiosa—y esa rapidez de dicción, extraordinaria, de las mujeres de París, le cuenta mil historias multicolores y escabrosas del mundo turbulento del "Hotel Beau Rivage," de Ginebra. Y me mira, y mira á un inglés contiguo á mí, y mira al capitán que pasa, y mira á todo el mundo, produciendo la impresión de que si está "en los mejores términos" con su amigo, eso no le impide estarlo también con los demás . . .

... Ya dejamos atrás á Allaman, Saint-Proux y Morgues; Morgues, pueblito á propósito para un retiro apacible.....

Son las diez de la mañana. Divisamos el puerto de Ouchy, con sus inmensas arboledas... Pocos minutos más tarde llegamos á Lausana, melancólica y amable, recostada voluptuosamente sobre dos ó tres collados, como una hermosa odalisca de Moreau descansando en sus cojines...

MARTÍN C. ALDVO.



EN CASA DE EMERSON

DE ARISTIDES MOLL

EL sol andaba ya de capa caída cuando tiramos del llamador. Una muchacha debía llamarla una señorita—de mejillas rosadas, falda negra y corpiño blanco, abrió la puerta después de breve espera y nos ojeó curiosamente. Alargamos sin hablar la carta que nos enviara el hijo del Maestro, bondadoso Doctor Emerson, entonces en New Hampshire, y ella la tomó con ademán de reina, volviendo á perderse en el interior, mientras nosotros permanecíamos, callados, junto á la entrada.

Estábamos en el umbral de la casa de Emerson! Sumergidos en hondas reflexiones y pareciendo sentir en nuestras almas el peso de esa austera tranquilidad de Concord tan sobriamente descrita por la pluma del gran Hawthorne, allí nos quedamos hasta que una voz cansona, igual, indiferente, una de esas voces sin variación que sublevan los nervios y acaban con vuestra paciencia, nos dijo, "Podeis entrar. Sed bienvenidos al hogar de la hija de Emerson." Era la misma muchacha de antes, que, de regreso ya, nos hablaba, señalándonos el pasadizo.

Poco mirábamos de la mansión, pues á mano derecha, tocando casi la entrada, aireado por tres ventanas, hallábase el norte de nuestra peregrinación, el retiro donde un día pensó y escribió el autor de "Naturaleza"

Penetramos en él con silencio religioso. Detenida por oscuras cortinas apenas jugueteaba en la estancia la luz de la tarde, y todo allí era grave, imponente, melancólico, como un templo desertado por los dioses, ó como la sala de un castillo abandonado. Severos los volúmenes amontonados por centenares en los anaqueles de la vasta biblioteca; lóbregas las paredes á pesar de sus cuadros y sus retratos; sin atractivos la mesa donde dos ó tres obras descansaban, frío, muy frío, aquel hogar con sus leños intactos; conmovedor aquel vaso en el cual mano cariñosa depositara una pucha de flores; impresionífica y prestándose á grandes, muy grandes meditaciones, aquella redoma donde yo no me atreví á examinarla—estaría quizá seca la tinta con que él escribía. Oh! y aquella silla solitaria! Y aquel cuarto desierto! Qué lúgubre aquel silencio, aquella penumbra! Qué tristes nosotros, tristes, después nos lo confesamos, como nunca habíamoslo estado, con una tristeza resignada, pero intensa, casi musulmana, en su carácter fatalista.

Cómo se podría pensar allí? Como se podría escribir? Qué triste debía ser el habitador de aquella estancia desolada! Qué grande para lograr fundir su tristeza en filosofía, como la concha transforma en perlas sus heridas!

De repente la muchacha que se había sentado y nos miraba andar de un lado para otro con curio-

ta curiosidad que se le traslucía en el impasible rostro, rompió á hablar en su tono enfadoso, "Todo se halla lo mismo que cuando él vivía. Ese retrato junto á la ventana es el de Carlyle, aquel otro clavado cerca de la puerta también lo mandó él." Así lo rezaban unos garabatos, dedicatoria de puño y letra del historiólogo sublime. "Os envío ese retrato, el cual tengo buenos motivos para creer que es el de Juan Knox." Cuánto interés no encerraría para aquellos sutilizadores del pensamiento la imagen del sombrío predicador escocés, apóstata de una religión y apóstol de otra!

Nuestra acompañante seguía charlando; contestando á preguntas de mi amigo y mías nos contaba de la vida Emerson; de sus paseos solitarios bajo los plátanos y los olmos; de como escribiría allí, en aquella mesa frente á nosotros, que á mí me parecía muy baja y muy pequeña. Escuchando aquella voz monótona que parecía hablar á disgusto y saber tan poco de él, yo me distraía, atraído involuntariamente por las cubiertas amarillas de los infolios de una vidriera, y preguntándome cual, cual de aquellos habría sido el favorito. Hubiera dado cualquier cosa por tenerlo en mis manos, todo por adquirirlo.

Y sin querer, ante mí aparecía una figura de rostro largo y transparente, aun más largo y transparente que el del retrato fijo en la pared, con ojos de dulzura y sagacidad maravillosas, más alma que materia, y sobre todo seria, muy seria, el hombre reservado que nos presenta Holmes, aquel á quien nadie hubiera osado tocar familiarmente en el hombro, llamándolo, "Waldo". Si, yo creía ver en cada uno de aquellos rincones devorados por la sombra, sus ojos deslustrados y tristes regalando aun mayor tristeza á aquel cuarto desierto.

Y no podía menos de comparar aquella visita, con la reciente—tan luminosa y tan memorable—á la casa de Longfellow, y recordaba aquel despacho alegre, presidido por la estatua del latino Dante, lleno de regalos ofrecidos al poeta, con la luz rezoando por todos los huecos, ó iluminado aun más por sabrosa plática que todo aquello animó, uniendo á cada objeto un recuerdo y dando vida á cada sitio. En el retiro sombrío de Emerson recordé con melancolía el estudio luminoso de Longfellow.

Ya íbamos á salir; con el alma opresa pronunciamos algunos cumplimientos banales; la muchacha á advertirnos volvió que el aposento se conservaba lo mismo que en tiempo de su excelso poblador. No era necesario que ella lo dijera; sabido yo, y á no saberlo, lo hubiera adivinado. Qué silencio impresionador y aquella soledad augusta qué iban á ser, si no emersonianos?

Pisando cuidadosamente, abandonamos la estancia y un momento después nos encontramos en el camino de Lexington. Frente á nosotros, como un arco de verdura, se tendía el grandioso horizonte de Concord; yo me detuve á contemplar por última vez la casa sencilla y sola, media oculta por los árboles, la morada ideal á que sin duda aludía el poeta en aquellos sus versos que suenan á reto:

"Adios, mundo orgulloso;
Me vuelvo para casa."

Me detuve allí sin hablar, porque todo aquello me parecía muy grande, pero muy triste, grande y triste como una montaña, ó como Emerson.



Remember

Oh bello cuadro! Un mar, una ribera;
en el cielo un cortejo de celajes,
y *ella*, suelta la negra cabellera,
—recortada á la usanza de los pajes—
echando sobre el lomo de las brisas
la carga deliciosa de sus risas....

Correr por los confines de la playa,
rendirse ruborosa,
doblar sonriendo la ardorosa frente
en el regazo maternal del aya,
¡oh dicha deliciosa
que llena el alma cándida é inocente!

De aquellas tardes de alegrías locas,
hermosas y tranquilas,
sólo queda algún nombre entre las rocas;
y de la hermosa Herminia en las pupilas,
el fulgor misterioso con que arde
al apagarse el alma de la tarde....

LIONEL.



La Escala de la Vida

A GUILLERMO ANDREVE

YO NACÍ, ignoro *quare causam* y fui a mundo no sé de donde ni á qué. Los primeros recuerdos de cuando viví son muy vagos; ciertos vagidos y llo-riqueos; una obstinada nebulosa en la retina que me impedía ver á mi alrededor; un atontamiento general y una inconsciencia abrumadora.

Muy poco tiempo después, se hizo, en parte, para mí la luz; enorme fué mi sorpresa cuando me ví de pié en el primer peldaño de una altísima, inconmensurable escala de frágil vidrio; cada uno de sus escalones, era el punto céntrico de una pequeña rotonda también de vidrio, que servía de mirador y desde donde se podía tender la mirada indistintamente á los cuatro vientos; dichas rotondas estaban correlativamente numeradas: yo alcancé á distinguir hasta más ó menos el número setenta; los demás eran para mí imperceptibles. La grandiosa escala se confundía con las parduzcas nubes y cuando más alta, más separados entre sí estaban sus peldaños. Ignoro quién, ó que cosa, me sugirió la idea de bautizarla con el título de ESCALA DE LA VIDA, y llamar á sus escalones, AÑOS.

Yo me encontraba, como ya expuse, en el primero; luego, con qué arrebató, con qué vigor y,

empuje comencé mi ascensión! ... Subí al segundo, luego al tercero, después al cuarto y así sucesivamente hasta llegar al décimo quinto! ... ¡Con qué cuadrumana agilidad trepaba de uno á otro sin necesidad de tomar descanso alguno! ... ¡Cuántas ilusorias esperanzas para cuando estuviere más arriba! ... ¡Con cuán infinito anhelo deseaba salvar aquello múltiples AÑOS, para llegar al numerado con la cifra treinta! ...

Miré despreciativamente los peldaños ya escalados y no vi absolutamente nada. Miré ansioso hácia arriba, ví los muchos que me restaban y pensé casi con fruición: ¡Cuántos quedan á aprovechar! ¡*Omnia tempus habent!*

Luego proseguí con envidiable brío mí entonces no penosa subida y al cabo de algún tiempo me encontré en el escalón veintidós. Me asomé al balconcillo de la rotonda y vi que podía y debía haber aprovechado de mejor manera aquellos veintidós tramos. Si hubiere subido no tan de prisa, descansando á ratos, no me habría fatigado, mi pensamiento hubiera adquirido altas, filosóficas ideas, y por ende yo habría aprendido mucho más. Miré hácia las regiones celestes, vi que aún me quedaban muchos, y casi me conformé. No obstante me estremecí al notar que iba perdiendo paulatinamente el calor vital, á medida que ascendía y al prever la glacial temperatura que indudablemente reinaba allá arriba, allá en aquellas alturas.

Proseguí mi ascensión, pero no con la envidiable rapidez que antes lo hiciera. Después de descansar á intervalos, llegué al AÑO número treinta y cinco. Me apoyé de codos en la barandilla y recapacité... Miré hácia el profundo abismo, que á mis piés, fatídico se abría, y distinguí en la penumbra de su atmósfera, las mil penurias que tal vez sin darme cuenta, había tenido que sufrir durante mi ascensión; pensé en sermas precavido y no tan impetuoso. ¡Tardío pensamiento!... Miré hácia arriba sin saber por qué, y fruncí el entrecejo nerviosamente. Quise detenerme hasta que me pareciera conveniente, pero fué imposible; una fuerza propulsora indefinible, me impelía á seguir subiendo, cosa que hube de efectuar bien á pesar mío por cierto, porque esa fuerza era incombustible, era el obelisco inquebrantable en que chocan y se despedazan las fuerzas de la humanidad, era el formidable empuje de LA VIDA, y esta no deja tomar aliento á quien escala sus peldaños; lucha imposible la intentada contra esta fuerza extra-natural: ella lo vence todo, todo lo arrasa, todo lo derrumba...

Seguí subiendo: cada AÑO ascendido era un suspiro de desaliento arrancado de lo más hondo del corazón. Llegué al AÑO cuarenta y cinco, tuve que sentarme á descansar; tenía frío el cuerpo; palpándome la cabeza pude notar con horror que tenía en ella algunos copos de nieve. Miré hácia abajo y vi con envidiosa avaricia aquellos pasados AÑOS... ¡Si pudiera descender algunos!... Y sin embargo un escalofrío de terror recorrió como un chispazo eléctrico mi endeble cuerpo... ¡Cuántas veces podía haberse quebrado aquella frágil ESCALA DE LA VIDA y haber caído yo otras tantas en la Oscuridad Eterna!... Miré hácia arriba! cuánto frío presentía! cuánta debilidad!... ¡Cuánta decrepitud!... Pensé si no habría medio de substraerse á aquella temible ascensión, sembrada de amarguras; entonces la inesplicable fuerza, la misma que antes me impulsara hácia lo alto, volvió á hacerlo con rudeza...

Cuando llegué al AÑO sesenta y cinco, no pude sufrir más, caí en la rotonda, completamente fatigado. Me palpé el cuerpo... helado, huesoso!... Mi cabeza... toda de nieve!... Mis músculos... ateridos, atrofiados!... Mi corazón... latiendo débil, imperceptiblemente!... ¡Ya no era yo ni la miserable sombra de aquel jovencuelo que con ideas tan ilusorias, comenzara á ascender LA ESCALA DE LA VIDA!... Ya sólo me quedaban frío, nieve... nieve eterna!...

---Sube!... ---susurró á mi oída tenuemente una cavernosa pero opaca voz. Quise rebelarme. ---No puedo, no quiero!-argüí---Entonces esa voz, que comprendí era la de LA EXISTENCIA, rugió de tal modo:---Sube!... que espantado, de punta los cabellos, tuve que ponerme en pié y ascender penosamente otro peldaño, otro AÑO... Volví á caer desfallecido de cansancio. Reposé breves instantes, más abreviados por mi entera ineptitud, y nuevamente oí murmurar: Sube!... Era inútil oponerse; hice inauditos esfuerzos y arrastrándome penosamente, me encariné sudoroso, jadeante. Cuando pude alcanzar la rotonda del AÑO sesenta y siete, no pude sufrir mas y agobiado por los padecimientos, caí semi desva-

neido... Pronto volví á escuchar aterrado aquella frase que me horrorizaba. Sube!... El eco lúgubre de ese sonido, repercutía en mis oídos con vibraciones más fatídicas mil veces, que el eternamente oído por el Judío Errante: Anda!... Con cuánta pavora debía escucharlo éste!... Con cuánta escuchaba yo aquel!... Anda!... Sube!... Ambas frases cortas, rudas, sonoras, imperiosas, ambas terribles; la una marcando el Destino fatal de un hombre; la otra señalando el de una Humanidad... Sube!... oí nuevamente.---Ah! no, no puedo!... exclamé sollozando Sube!...; Imposible... esta lucha agotó mis anémicas fuerzas... tanto años escalados!... tanta fatiga sufrida!... Sube!--Para qué... para padecer aún mas? Cruel!; no ves que me ahogo de fatiga?... ¿no ves como late el corazón?... Sube!... No... dejáme, ya que no descender, al menos descansar hasta que me recupere!... Sube!... Hice un supremo cuán inútil esfuerzo, que me agobió del todo y casi-semi-desvanecido... No puedo!... sollocé desesperado... No puedo luchar... me entrego... quiero el descanso... cualquier cosa... pero no subir... me asfixio... mi corazón estalla...

Entonces, aquel gigantesco invisible espíritu, LA VIDA, me tomó en sus manos como á una pluma, creí oírle murmurar: *No te quiero en mis dominios*, y, asomándose á la barandilla, sobre aquel caos inmenso, que se esfumaba en oscura nebulosidad, me arrojó en el INFINITO, en lo INCOGNOSCIBLE, en el País de LA NADA y de LA MUERTE...

LUIS M. BLAZQUEZ.

Buenos Aires (R. A.), Setiembre de 1904.



Instantánea

A ELLA

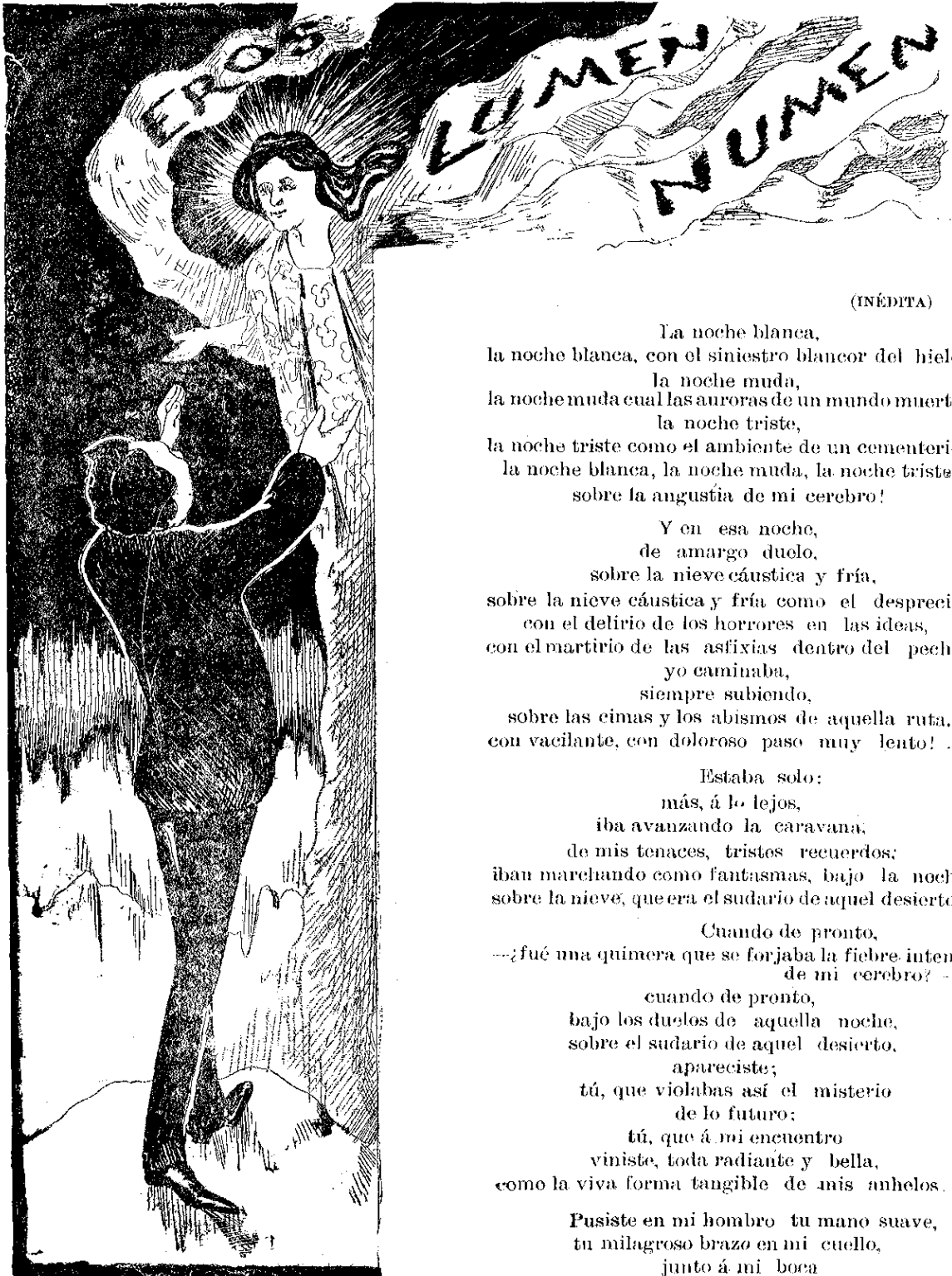
Radiante, iluminada cual arco tu pupila
Ya brinde una esperanza de gloria á mis ideales,
Y en tus carmíneos labios sonrisa que vacila
Diseño el nupcial beso de dichas inmortales.

Jugando por tu frente, de tu cabello hermoso
Los finos rizos vagan mecidos por la brisa;
De escultural contorno tu cuello primoroso,
Adorno es de tu busto que mi existencia hechiza.

En los cristales de tus ojos bellos
Trasluce tu virtud con sus fulgores,
¡Que yo pueda por fin mirarme en ellos,
Y no sufra más tiempo tus rigores!

R. A. DE YCAZA.

Guayaquil, Octubre 18 de 1904.



(INÉDITA)

La noche blanca,
 la noche blanca, con el siniestro blancor del hielo;
 la noche muda,
 la noche muda cual las auroras de un mundo muerto;
 la noche triste,
 la noche triste como el ambiente de un cementerio;
 la noche blanca, la noche muda, la noche triste
 sobre la angustia de mi cerebro!

Y en esa noche,
 de amargo duelo,
 sobre la nieve cáustica y fría,
 sobre la nieve cáustica y fría como el desprecio;
 con el delirio de los horrores en las ideas,
 con el martirio de las asfixias dentro del pecho,
 yo caminaba,
 siempre subiendo,
 sobre las cimas y los abismos de aquella ruta,
 con vacilante, con doloroso paso muy lento! ..

Estaba solo:
 más, á lo lejos,
 iba avanzando la caravana;
 de mis tenaces, tristes recuerdos;
 iban marchando como fantasmas, bajo la noche,
 sobre la nieve, que era el sudario de aquel desierto..

Cuando de pronto,
 —¿fué una quimera que se forjaba la fiebre intensa
 de mi cerebro? —

cuando de pronto,
 bajo los duelos de aquella noche,
 sobre el sudario de aquel desierto,
 apareciste;
 tú, que violabas así el misterio
 de lo futuro:
 tú, que á mi encuentro
 viniste, toda radiante y bella,
 como la viva forma tangible de mis anhelos....

Pusiste en mi hombro tu mano suave,
 tu milagroso brazo en mi cuello,
 junto á mi boca

ta hábito, puro como un efluvio del mismo cielo.
 Y al santo influjo de tu presencia,
 de tus palabras, de tus consuelos,
 sentí la vida que circulaba
 ardiente y ágil entre mi cuerpo ...

Con paso firme,
 con paso firme seguimos luego;
 y así salvamos todas las cimas
 y así llegamos del viaje al término ...

Fue un viaje largo,
 de amor y ensueños;
 y atrás dejamos la caravana
 de mis tenaces, tristes recuerdos,
 que allá quedaban como fantasmas,
 que allá quedaban, siempre más lejos,
 desvaneciéndose entre los duelos de aquella noche,
 desvaneciéndose en el sudario de aquel desierto! ...

Los Andes—Invierno de 1898

David Ferrer

La Coronación del Sol

Rojas nubes encondidas por el Sol, al occidente lentamente
 van en giros caprichosos, y en los senos del ocaso
 se detienen, y coronan con la clámide rojiza
 una á una la cabeza del coloso que agoniza.

Muere el Sol y lentamente por las cumbres del oriente
 las legiones de las sombras se adelantan, y se siente
 el imperio de la noche; las tinieblas han triunfado.
 En la fronda el ave duerme y las flores se han cerrado.
 Sobre el manto de la noche van surgiendo las estrellas,
 las estrellas siempre dulces, siempre hermosas, siempre bellas.

Y las nubes, las rojizas nubes lentas que acudieron
 al entierro magestuoso del monarca de la luz,
 ya se vuelven, blancas, puras, con las tristes vestiduras
 y detienen su carrera en el palio siempre azul ...

RAMÓN F. BASTIDA.





Mr. John Barrett

EL MINISTRO Americano ante el Gobierno de la República — Mr. JOHN BARRETT—es, entre los hijos del norte que han residido en esta ciudad con cargo oficial, la personalidad más simpática y culta. Joven aún, con bastante conocimiento de la diplomacia, une á sus cualidades de hombre de estado las de gallardo literato y atractivo caballero de salón. Actualmente se halla, de regreso de su patria adonde fué, según entendemos, en consulta de graves asuntos relacionadas con su cargo, muchos de ellos de importancia suma para el porvenir económico del Istmo.

Concurso de Cuentos.

Para el 3 de Enero del próximo año, primer aniversario de EL HERALDO DEL ISTMO, abrimos un

CONCURSO DE CUENTOS

con el fin de premiar los dos mejores que se nos envíen, ajustados á las siguientes

CONDICIONES :

Los cuentos han de ser inéditos, escritos á máquina desde el título hasta la firma, y no han de constar de menos de tres hojas de papel de oficio escrito por una sola cara ni de más de cinco. Se calculan cuarenta renglones para cada página.

Los cuentos se enviarán en cubiertas separadas, marcadas por el lado exterior con escri-

tura á máquina : *Cuento para el Concurso y vendrán autorizados por una sola inicial, cifra ó seudónimo no conocido.*

En cubierta aparte marcada : *Firma del autor del cuento tal autorizado por tal inicial (cifra ó seudónimo), vendrá la firma autógrafa del autor.*

Los envíos se aceptan hasta las seis de la tarde del día 16 de Diciembre próximo. Después de esta fecha los cuentos recibidos se pondrán en manos de una Junta Calificadora compuesta de los señores doctor Ciro L. Urriola, Narciso Garay y Samuel Lewis.

El mejor cuento será premiado con una medalla de plata, y el que le siga en mérito con una de bronce, como recuerdo del concurso.

Suplicamos á los literatos que deseen tomar parte en este torneo, la lectura cuidadosa de las condiciones anotadas, para evitarnos luego molestias y disgustos.

Fragmentos

(DEL LIBRO ' CARTAS Á UNA MUJER.')

PARA EL DOCTOR J. E. CALVO

I

Contesto tu carta.

Me pides unos versos *de amor* y yo... no sé hablar de amor, porque he hablado de él más de lo que debía.

Cuándo no lo había sentido, lo definía - como hacemos todos en la edad de los sueños—con el convencimiento de que hacía buenas definiciones....

Hoy, es muy distinto; has fijado en mí tus ojos y una conmoción extraña ha hecho estremecer mi corazón.

Es que te amo y no sé decírtelo.

II

¿ Dé qué me serviría hablarte de *células* y de *fibras* ?

Me tomarías por un visionario ó por un fátuo y no soy, ni quiero parecer nada de eso.

Oyéme :

¿ Cómo podré decirte lo que pienso ?

III

Cuando mis inclinaciones me llevaron á buscar en todas partes la poesía; cuando, siquiera con frases gastadas, comparaba los labios de una mujer bella con la flor del granado ó con las húmedas fresas, no pensé jamás que llegaría á reírme de mis ideales ...

IV

Y ese momento ha llegado, demasiado pronto para mis años, demasiado tarde para mis ambiciones !

Te amo, pero no puedo ser poeta para tí.

La ciencia que estudio me alejó poco á poco, no de lo ideal, sino de lo ilusorio....

Es triste, muy triste, sentirse atado por la materia, conocer algunas de sus funciones, haber estudiado parte de su estructura !

V

Los que viven soñando y los que no sueñan ni han soñado nunca, no pueden comprender el profundo vacío que siente en sus anhelos quien tiene *alma de poeta y cerebro de fisiólogo*....

Son una ú otra cosa, pero no llevan en su ser esa mezcla extraña que arrojó en la tumba á Manuel Acuña, á Manuel Molina Vigil y á Joaquín Gonzales Camargo.

VI

Yo he sido alguna vez poeta.

Lo recuerdo, como se recuerdan, confusas, las visiones deliciosas de un placer soñado durante una embriaguez de champaña....

Pero no sé de dónde sale una carcajada, como la de Voltaire, sonora y burlesca, que llega á mis oídos cuando, viendo unos ojos, azules como el cielo ó negros como el abismo, me acuerdo á mi pesar de lo que la Ciencia llama *Pigmentación del iris*....

VII

Tú amas todo lo bello.

La poesía es la belleza misma, y tú, que eres bella hasta lo sublime, quieres unos versos de amor... que yo no puedo darte....

Envuelta en el ropaje de la nota ó de la estrofa; sostenida por las alas invisibles pero poderosas del genio, la poesía cruza los espacios, se baña en las espumas de las ondas, se esconde entre los pétalos de las flores, sale de allí rodeada de una atmósfera de perfumes... y penetra en los corazones de los que aman....

La Poesía es amor y el Amor es poesía....

VIII

La Poesía es un verdadero Proteo de las bellas artes: Miguel Angel la vé surgir en sus diseños de la *Cúpula de San Pedro*....

Rafael tiembla, poseído de inspiración sublime, cuando la vé brotar, palpitante, de sus pínceles en las líneas de *Galatea*....

Verdi siente el rumor de unas alas de seda perfumadas que voltean cerca de él cuando preludia en el piano las notas del *Trovador*....

Yo, pobre bohemio, he sentido también ese aleteo al escribir ciertas *rimas* y al escuchar tus palabras !

IX

¡ Pero la ciencia es cruel.

La carcajada burlona y desesperante suena en mis oídos y, á pesar mio, pienso que la melodía de tu voz es un efecto de la perfección de tu *larínge*....

Qué tus cuerdas vocales disminuyen ó aumentan su tensión, obedeciendo á órdenes del centro nervioso y es esa la causa de la variación de tonos é inflexiones tan grata á mi alma....

¡ Oh, la materia, ... la fisiología !

X

Busca versos en Homero que halló poesía en la furia de los campos de batalla!

Leo á Dante que la creó para sus visiones acerca de la horrorosa grandeza de los castigos eternos !

Admira á Bolívar que la escribió con su espada en toda la América....

Pero no me la pidas á mí, que vivo buscando un agente específico capaz de destruir por completo la virulencia del bacilo de Koch !

DELIO.



La Derrota de Venus

I

MENEMPH era un hierophanta joven. Con sin igual serenidad había sufrido todas las pruebas de la iniciación sacerdotal. Había visto en los antros oscuros del templo de Isis la evocación de los grandiosos episodios del drama divino en que la Diosa fué protagonista; vió el asesinato de Osiris por su hermano Typhon; vió á Isis la hermana y esposa abnegada, seguir las márgenes del Nilo en busca de los sacros restos; vió el estallido de su amor cuando halló en Byblos el divino sarcófago, y con hierática unción contempló á la Dios fecundar con su aliento el cadaver y el surgimiento de Horus, como una nueva juventud de la divinidad.

Pasó Menemph por todas las pruebas de inteligencia y caracter exigidas por el rito físico antes de iniciarse en los cabalísticos misterios. De las siete pruebas en que triunfó, las dos postreras le costaron esfuerzos poderosos y no pocos desfallecimientos. La penúltima fué terrible. El Gran Hierophanta le mostró á un hombre dormido en el fondo de una gruta y le dijo:

—Joven mortal, aquel hombre que ves es un perjurio. El sacerdote ha recibido de Hermes todos los poderes divinos y humanos. Así como debe ser virtud, debe ser justicia... Ese hombre debe morir porque ha revelado un misterio que debió guardar porque lo juró. Que tu mano le hiera de muerte... y puso entre las suyas un agudo cuchillo.

El culpable era joven y hermoso, y en su rostro había los rasgos de la honradez y del candor. Era imposible que hubiera cometido el delito de que le acusaban. La vida palpitaba exuberante y feliz en su ensueño tranquilo. Un frío de hielo corrió por el corazón de Menemph y vaciló en obedecer al Gran Hierophanta.

—¡Oh!--murmuró--es imposible que sea culpable este joven!

—No tienes derecho de juzgar al que Isis ha juzgado ya, respondió severamente el anciano Hierophanta.

—Pero es tan joven!

—No tienes derecho á compadecer... ¡Hiere!

—Matarle dormido! Le despertaré, lucharé con él....

—Obedece!... ¡Mata!

Menemph avanzó lívido hácia el mancebo dormido; le temblaban las piernas y las manos, pero su voluntad estaba resuelta, escogió el sitio del corazón para herir y hundió el cuchillo. Un chorro de sangre salió y le bañó el rostro y manchó su túnica, mientras un gemido de dolor hería sus oídos. El Gran

—¡La Ciencia es un arroyo que limpia todo!--murmuró el Gran Hierophanta.

Menemph le siguió á otra caverna en donde una lamparilla colgada de la piedra, alumbraba el cuerpo de un hombre encadenado al suelo. Una estatua de Osiris sostenía una clépsidra. En el fondo de la cueva había una puerta de piedra guardada por un hierophanta, armado de una espada y una balanza. Poco después que entraron el joven iniciado y el anciano sacerdote, cayó el último grano de arena de la clépsidra. El rostro de Osiris se iluminó con un destello iracundo. El reo se agitó con desesperación y angustia.

—La Ciencia rechaza la cobardía y el perjurio. La fuerza de la Naturaleza está en la verdad y en la firmeza de sus leyes. Ha llegado la hora de la expiación y el castigo.

La cueva se agitó como á impulso de un temblor de la tierra; la luz de la lámpara se hizo roja y opaca, como si sangrara y de la habitación del fondo salió un rugido aterrador. El joven sintió que se le erizaban de espanto los cabellos. El hierophanta colgó su balanza de un brazo de Osiris.

—Abrid la puerta de la Justicia!--dijo con voz severa el Gran Hierophanta y arrastró á su compañero á la sombra.

Abrióse la puerta con ruido espantoso y una columna de luz verde entró; era como la claridad que despediría, por su boca, un horno hecho en el corazón de una esmeralda gigantesca. Y cortando la faja



CLEMENTE PALMA

Era Hierophanta le recibió en sus brazos y le besó la frente.

—Hijo mío, la obediencia es la fuerza, es la fe de la voluntad. Has vencido en seis pruebas. Si vences en la última todos los misterios de Isis te serán revelados y podrás leer, con la asistencia de Hermes, el libro del Tiempo, el libro de la Vida y el libro del Cosmos. Ahora, sígueme: te mostraré cual habría sido tu suerte, si por cobardía no hubieras obedecido. Después de la tercera prueba la justicia de los dioses no tiene sino dos puertas: la de la Ciencia y la de la Muerte. Feliz tú que, hasta ahora, caminas á la primera.

El joven iniciado, pálido aún de la emoción, miró, antes de seguir al anciano sacerdote, el lugar de la tragedia. Nada. El cadáver se había evaporado; contempló sus vestiduras y sus manos, se palpó el rostro en donde había sentido la humedad caliente de la sangre. Nada. Sus manos y túnica estaban limpias y su rostro seco.

de luz, se vió la espada del hierophanta verdugo, señalando, implacable, el cuerpo del reo que se agitaba en el colmo de la angustia. Un rugido, agudo y misterioso, como de una bestia extra-animal, vibró en la cueva, que se estremeció con violencia. Salió la fiera: era la Esfinge. Sus ojos se revolvían en las cuencas despidiendo fulgores sanguinolentos. Su cabeza hermosísima de mujer joven, expresaba ansias furiosas de devorar; sus dientes rechinaban y las dos comas de su pecho palpitaban visiblemente, como si albergaran dos corazones repletos de ira y de venganza. En cuanto entró á la cueva husmeó y sintió el olor de la culpa. Rodeados de la luz de la Esperanza, al Gran Hierophanta y al iniciado, ocultos en la penumbra de la Ciencia, no les podía ver la Esfinge. El joven iniciado era un postulante á la resolución del sacro enigma. El reo, con su crimen, había dado una falsa solución y la Esfinge ejercía su justa venganza. Se abalanzó sobre él, rugiendo y estremeciéndose como un animal lujurioso. Sus dientes, finos y blancos, se hincaron en su carne; y sus garras desgarraron su epidermis. Fué horrible lo que Menemph oyó y vió. Rechinamientos de huesos al ser triturados, el ruido sordo de las vísceras arrancadas y estrujadas, de las carnes desgarradas, mascadas y deglutidas, chorros de sangre que teñían las mejillas y la barba de la Esfinge. Fue horrible. Se presentía el paso de los trozos sangrientos por esa bella garganta de mujer que lanzaba pequeños gritos de voluptuosidad satisfecha. La faz de Osiris sonreía á medida que la balanza se ponía en equilibrio.

Después quedaron unos cuantos huesos asomando sus dorsos amarillentos sobre una charca de sangre. En seguida, la bestia regresó á su madriguera verde. La puerta se cerró y la cara vengativa y terrible de Osiris, adquirió la placidez hierática é indiferente de los dioses. La lámpara alumbró con sus primitivos fulgores la cueva. Y por más que Menemph miró el sitio de la tragedia no pudo ver el más pequeño fragmento de huesos ni la más insignificante gota de sangre.

Siete días después tuvo lugar la prueba suprema: la del amor y la voluptuosidad. Menemph haciendo esfuerzos inauditos resistió á todas las seducciones y salió triunfante.

Después de las siete pruebas le enseñaron á leer los geroglíficos de la ciencia esotérica, las cábalas, los misterios sagrados, la lectura astrológica, la visión del pasado, el presente y el porvenir y, sobre todo, la manera de evocar eficazmente á Hermes para los secretos de la ciencia, á Isis para los misterios de la vida, á Osiris para las verdades de la muerte, y á Horus para los arcanos de la vida ultra terrena.

II

Pero de las enseñanzas maravillosas del hieratismo, lo que más le admiró y encantó fué la ciencia del amor, el culto de Athor, la Diosa del amor y la vida, la que hace hermosas á las mujeres, que fecunda los gérmenes y que es emblema del movimiento pasional del Cosmos.

Un día llegó á Menfis un joven artista griego que logró hacerse iniciar en los misterios. Menemph y él fueron muy amigos. Con el cambio de ideas brotaron las dudas en el cerebro; el ideal religioso que acariciaba se conmovió profunda-

mente y los mitos y misterios aprendidos, palidieron ante los vívidos fulgores de una mitología radiosa del amor de los helenos, de Anadyomena, alba, voluptuosa y bella; fué como un deslumbramiento en el que Athor se le presentó pálida y fría con toda su grosera tosquedad de fétiche salvaje. Anadyomena no tenía símbolos, ni adornos. Toda su fuerza divina estaba en su hermosura opulenta y desnuda. El *lingam* le pareció un símbolo brutal del amor. Que símbolo más espiritual y significativo que la albuza de esa tez suave, que el brillo de sus ojos, que la atracción de su sonrisa seductora, que la elegancia sugestiva de esa curva divina que nace en el seno y termina en la rodilla? Cuándo se fué el griego furtivamente á su patria, obsequió á Menemph como un recuerdo una pequeña Venus de mármol, fielmente copiada de la de Scopas.

Menemph creyó enloquecer. ¡Oh! aquella era la verdadera diosa del amor, de la vida, de la fecundación. Y se hundió en un mar de reflexiones mortificantes que azotaba el edificio de sus viejas creencias.

Comprendía que sus pensamientos ofendían á la divinidad egipcia y que era un apóstata, un perjurador. Para tranquilizar su alma quiso hacer la prueba suprema: el llamamiento de la divinidad. Puso la estatua roja del disco y los cuernos de vaca junto á la Venus de Scopas é hizo un terrible conjuro que debía anonadar á la diosa falsa; fué en vano. Athor permaneció en su actitud hierática é inanimada, expresando una belleza indiferente; la Venus pareció ponerse más alba y humillar con su blancura arrojada é incólume la tosca imagen de piedra sangrienta. Pálido y desconcertado el joven hierophanta, sintió vehementes deseos de aniquilar la divinidad del Nilo y proclamar entre los hierophantas, sus compañeros, la superioridad divina de Venus y la impotencia de Athor. Iba á hacerlo cuando un soplo helado movió los recuerdos en su memoria y recordó la muerte horrible de los perjuros. Volvió la cabeza temblando y en el lienzo oscuro de la pared pintada con geroglíficos esotéricos y con los símbolos de Isis, Osiris, Pta, Anubis, Amon, Thot y Tithrambo vió la silueta negra y sombría de la Esfinge irritada. Entonces, desfallecido de terror, cayó en losas del suelo, demandando perdón á la diosa ofendida pero sintiendo en su frente calenturienta el ardoroso beso de la Anadyomena y bajo su mano la ondulacion suave de esa divina curva que partía del seno, remataba en las rodillas y luego se prolongaba, idealmente, en espirales infinitas que le extrañaban el alma!...

Después, cuando volvió en sí y ya había avanzado la tarde, se asomó Menemph á la ventana que daba al río. El viejo Nilo se arrastraba, lento y murmurador como canturreando una plegaria para que el Ser Supremo conservara en las tierras regadas por él, el aspecto primaveral. En las márgenes, numerosos grupos de garzas é ibis, surgían inmóviles entre los sacros lotos y en los islotes, coronados de cañas y ramas de una flora esbelta y rara; de pronto las aves rompían su inmovilidad para hundir sus largos picos en el agua y sacar atravesado en él algún infeliz pececillo que se debatía impotente en los estertores de una agonía rápida. De todas las colinas, los palacios y los templos, salían como enjambres de manos negras erizadas de dedos, las palmeras y allá en las

lejanías rosadas del horizonte, se cortaba el cielo con la silueta magostuosamente severa de la pirámide de Cheops

Ante el aspecto de ese Egipto florido y silencioso, imponente y hierático, ante ese poema mudo de la naturaleza, ante ese aspecto callado de la vida exhuberante, ante ese ambiente tibio y tranquilo en el que parecía respirarse el hábito de la misma Isis, sintió Menemph renacer su fé en sus dioses tradicionales, comprendió que el espíritu egipcio jamás transigiría con el símbolo sencillo, voluptuoso, ardiente y poético de la Anadyomena. La Diosa griega era el lado artístico, la faz bella del amor, el Placer y la Vida feliz; Athor, el lado meditativo, la faz filosófica, el aspecto religioso y científico de los mismos. Anadyomena en el Egipto era una diosa desterrada é impotente. Entonces, con estas meditaciones, volvió á Menemph su fé en Athor y, aunque con pena, tomó la Venus de Scopas y la arrojó al río.

CLEMENTE PALMA.



Una Carta

A continuación publicamos la que en contestación á la pregunta que hicimos á varios caballeros en el No. 19 nos dirigió don Rafel Neira A.

×

Panamá, Noviembre de 1904.

Sr. Director de "EL HERALDO"

P.

En mi humilde opinión la influencia norteamericana no ejercerá por ahora acción directa para para el desarrollo de la literatura en Panamá.

La literatura norteamericana no ha mostrado hasta nuestros días desarrollo apreciable en su propio suelo, pues hecha salvedad de muy pocos literatos norteamericanos, la mayoría ilustrada de aquel pueblo joven, cultiva en campos distintos del campo de las letras las energías de su actividad é inteligencia, llevando á los países con quienes se pone en contacto íntimo la iniciativa de sus concepciones y teorías científicas é industriales. Pero en materia de literatura, los americanos del norte nada pueden dar ni sugerir aún, pues que ellos mismos no han conformado ni impulsado la literatura propia hasta el punto de colocarla en capacidad de imprimir dirección ó reforma á la literatura nacional de otros pueblos. Es muy posible que en Norte América la literatura se convierta bien pronto en escuela de cultivo y centros de gusto que nos reserven las magníficas sorpresas que en otras artes ó ciencias son hoy triunfos honrosos de aquella vigorosa nación.

Soy de Usted muy atento S. S.

RAFAEL NEIRA A.



Notas.

POR RENUNCIA

aceptada á Don Tomás Arias, ha sido nombrado Secretario de Gobierno y Relaciones Exteriores el General Don Santiago de la Guardia, nuestro Ministro ante el Gobierno de Costa Rica.

Felicitemos á nuestro distinguido amigo señor de la Guardia y nos complacemos en desearle, para bien general, acierto en el delicado desempeño de la más importante de las secretarías de Estado.

+

NUESTRO COMPATRIOTA

el distinguido literato don Justo A. Pacio, nos ha enviado desde San José de Costa Rica con gallarda dedicatoria un ejemplar de su libro *Mis Versos*, donde lucen como joyas de valía vibrantes estrofas, plenas de belleza y de sentimiento.

Presentamos nuestros agradecimientos al ilustre compañero por tan apreciable envío, y le solicitamos, para nuestra Revista, algunos de sus hermosos versos recientes.

*

DON ROSENDO AROSEMENA

caballero cumplido que gozaba de muchas simpatías, dejó de existir en esta ciudad el día 6 en la noche. A sus numerosos deudos, y en especial á nuestros buenos amigos Rosendo, Albino H. y J. Demóstenes rosemena, y José María Chiari R. presentamos nuestras expresiones de condolencia.

DARIO HERRERA

el querido amigo, el intelectual brillante, va á Saint Nazaire como Cónsul de la República. Hí, cerca de la gran cosmópolis cerebro del universo, en un ambiente más refinado, en una sociedad culta, disponiendo de todas las facilidades que para el estudio y el análisis presta la civilización, podrá, seguramente, dar mayor amplitud á sus ideas literarias, y adquirir para su estilo brillante como el de Flaubert todas las flexibilidades y todos los refinamientos estéticos que da la savia francesa.

Buen viaje tenga el amable compañero, que verá cumplirse muy pronto la más noble ambición de los peregrinos del ideal: visitar la Atenas de los tiempos modernos.

+

DON PEDRO VIDAL

ha sido nombrado agente para todo el Istmo de *El Figaro*, de la Habana, revista universal profusamente ilustrada que se edita semanalmente, y que regala á sus abonados tres veces por mes un periódico de modas con los últimos figurines de París, y patronos en colores y cortados; rifando mensualmente un piano de \$300 oro entre sus suscritores.

El precio de suscripción, pagadero por adelantado, es de cuatro pesos y medio plata colombiana, por trimestre, comenzando con cualquier mes.

+

AGRADECIMOS

á nuestro amigo, don Antonio Burgos, el envío oportuno que nos viene haciendo de *l'Illustrazione Italiana*, de Milán, y *Nuova Antologia*, de Roma, dos revistas calificadas entre las mejores que se publican en Italia.

+

HIA COMENZADO

á visitarnos *La Lectura*, revista mensual madrileña, que dirige don Francisco Acebal. El número que tenemos á la vista, correspondiente al mes de Octubre, contiene una buena serie de artículos notables, entre ellos uno, *La Colonización francesa en Argel*, de Manuel Ugarte el distinguido escritor argentino autor de *La Novela de las horas y los días*,

+

EN EL DISCURSO

recitado por el joven, Modesto Salamín de la Escuela de Varones de Pesé, el día 3 de Noviembre, se hace honrosa referencia acerca de esta Revista, referencia que da la medida del aprecio que nuestra labor merece de parte de nuestros co-térreanos. Agradecidos altamente por las benévolas frases del joven Salamín, presentamos tanto á él como al inteligente Director de la Escuela de Varones de Pesé, señor don Alcibiades Arjona, nuestras expresiones de gratitud.

+

A SANTIAGO ARGÜELLO H

el compatriota notable de Rubén Darío, uno de los primeros poetas jóvenes de nuestra América, agradecemos el envío de su última producción poética, *El Poema de la Locura*, de la cual publicamos, tiempo atrás, un precioso fragmento.

OTROS ENVÍOS

muy de agradecer son los de las siguientes obras.

El soldado, drama en tres actos y en verso, del poeta colombiano Adolfo León Gómez, que es considerado como la piedra fundamental del teatro colombiano.

Eterna Vanidad! y *Qué carrera estudiaré?* dos monólogos interesantes en un folleto, originales del escritor argentino Luis M. Blázquez.

SALUDAMOS

atentamente al Secretario de Guerra de los Estados Unidos, señor William H. Taft, llegado á esta capital el día 27, acompañado de su señora esposa y otras personas, á todas las cuales hacemos extensivo nuestro saludo.

+

NUESTRO MINISTRO

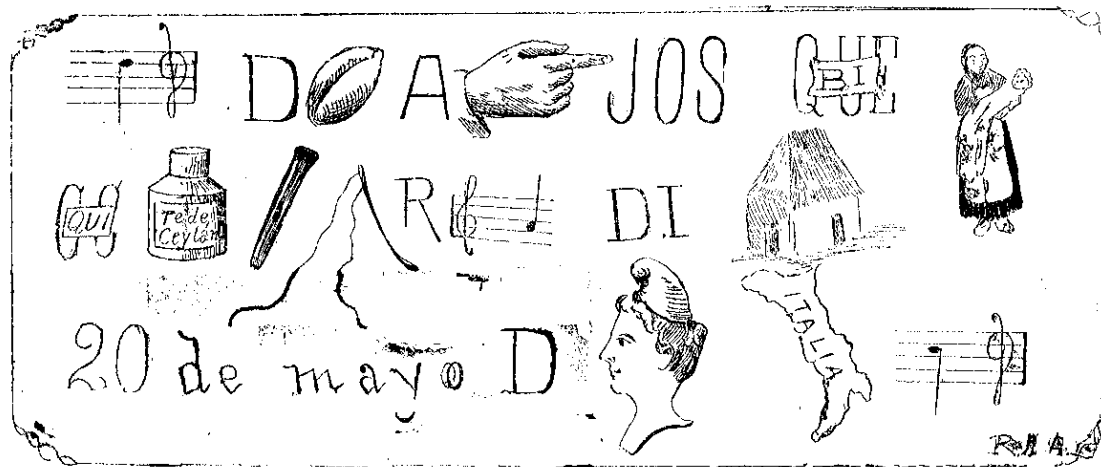
en Washington, señor don José Domingo de Obaldía, llegó á esta capital con el señor Taft, Secretario de Guerra de los Estados Unidos.

Nos complace saludar al notable compatriota y apreciable amigo.

+

Recreaciones Intelectuales

14. JEROGLIFICO.



15. SALTO DE CABALLO.

al-	gar-	ta	se-	a.	ria	in-	ta.	el	jos	jos
y	In-	ro	za-	88	sa-	di-	tus o	por	Por	so
en-	can	he	tie-	gra-	Si	en-	que	del	o-	vi-
tas.	ha	bó-	quie	ve-	l.	ra oh	Da	gar-	no-	cie-
za	to	mi-	an-	lo,	en	me	dul-	a-	da	los
cer	gun-	que	la	per-	ce	sí	zar	os	lo	mi-
pun-	ría.	me	be-	más	rran	por	y	so-	te	mia.
pre-	mas	al	A	qué,	llo	los	car-	Y	lu-	dos

LADISLAO SOSA.

+

16. LOGOGRIFO NUMÉRICO.

	5		Consonante
	5 3 6		Antorcha natural
7	6 3 5 6		Parte del arco
1 2 3 4 5 6 7			Nombre de un istmeño ilustre
1	6 7 5 6		Conjunción
	7 3 4		Verbo sustantivo
	2		Vocal

*

Las primeras soluciones que recibamos de estas *Recreaciones*, serán premiadas con las siguientes obras:

14. *León XIII y su Corte*, de Jean Darc.15. *Un matrimonio de confianza*, de Julio Mary.16. *La ciudad y las sierras*, de Eca de Quiroz.

+

Las soluciones deben remitirse al Director de esta Revista, en sobre cerrado, á la *Tipografía Casas y Compañía*, y se abrirán en orden de recibo.

☞ Sólo admitiremos las soluciones que nos envíen, firmadas, nuestros suscritores.

No comenzaremos á admitir soluciones hasta el día siguiente de la salida de la Revista.

Las soluciones que sean echadas por debajo de la puerta estando cerrada la tipografía no se tomarán en consideración.

x

Soluciones de las *Recreaciones* del número anterior:

10. *José Domingo de Obaldía*.11. *Vampiro*.12. *Cerdo. Milagro*.13. *Rosario*.

*

Obtuvieron premio: Por la 10.ª, Antonio Navarro; por las 11.ª y 13.ª, Mariano Sosa; por la 12.ª, Baldomero Tarté Jr.

+

Enviaron soluciones además:

De la 10.ª: Tomás Hassán, Jorge L. Paredes, Gil F. Sánchez, Señorita Benilda Pérez, José María Fernández, Agustín Jaén Arosemena, Diógenes Quintero, Enrique Linares, Olegario Henríquez, Agustín Velasco, Daniel Obaldía, José Cantera, Rodolfo Ramón de Roux, Gonzalo Santos K.

De la 11.ª: Señorita Elida Pérez, Daniel Obaldía, B. Tarté Jr., Andrés A. Villarreal, Enrique Linares, Agustín Jaén Arosemena, Gonzalo Santos K.

De la 12.ª: Diógenes Quintero, Gonzalo Santos K.

De la 13.ª: Gregorio Miró, José María Fernández, Agustín Jaén Arosemena, Olegario Henríquez, Enrique Linares, Gonzalo Santos K.

Miguel Cucalón, de Guayaquil, envió soluciones de los Nos. 10 á 43.

José H. Ocampo, de El Real; Pedro Rodríguez, de Chitré; y N. S. de la Guardia, de Santiago, enviaron soluciones á varias de las *Recreaciones* publicadas en números anteriores.

TERMOMETRO DE LAS FIESTAS



GIL F. SANCHEZ

GRADUADO

del "Pelham Institute", Poughkeepsie y "Master of Accounts" del Packard's Business College de la ciudad de New York, dicta clases de Inglés y de Contabilidad, de 6 a. m. á 7.30 a. m. y de 5 p. m. á 6.30 p. m.

Precios convencionales.

ZAPATERIA
de Jorge E. Díaz.

Siempre hay en existencia en este establecimiento un surtido completo de calzado de todas clases.

Se presta especial atención á los pedidos para el Exterior.

PRECIOS: Los más bajos de la plaza.

El Herald del Istmo

Quincenario Ilustrado.

Director-Propietario: **GUILERMO ANDREVE.**

Esta Revista constará de 16 páginas de lectura y se publicará dos veces al mes.

La suscripción por trimestre vale **DOSPESOS** (\$2.00) y cada ejemplar suelto **CUARENTA CENTAVOS**.

No se admite más colaboración que la que sea solicitada y no se devuelven en ningún caso los originales.

Para todo lo relacionado con la Revista dirigirse á su Director-Propietario ó á la *Tipografía Casís y Cia.*

Por Correo: Apartado No. 215.